EL AMOR DE AMISTAD

INTRODUCCIÓN

El hecho de haber estudiado esta Segunda Especialidad ha sido sumamente importante para mí, puesto que me ha ayudado a comprender con mayor profundidad la razón de ser de una Universidad Católica, y especialmente de ésta en la que trabajo desde hace varios años.

Esta razón de ser de la que hablo, es sin lugar a dudas, la persona humana; es así que entiendo que la Universidad Católica San Pablo fue pensada para constituirse en un medio más –entre los muchos otros que puede haber- para ayudar a que la persona humana pueda alcanzar su plenitud y así pueda responder al llamado para el que fue creada.

En el primer módulo, de Fundamentos Filosóficos, en mi trabajo final busqué profundizar en el tema de la Identidad Personal, puesto que considero que cualquier pretensión de ayudar a la persona a alcanzar su plenitud, debe partir por tener una total claridad de quién es la persona humana. Planteo que la identidad es algo que ya nos es dada, y no algo que uno deba construirla a lo largo de su vida, pero que el hecho de que nos sea dada, no quiere decir que esté limitada la libertad del hombre, puesto que éste, a partir de su unicidad y singularidad, debe trabajar para poder conocerse y auto poseerse cada vez más.

En el segundo módulo, de Fundamentos Teológicos, el tema que desarrollé fue el de Jesucristo Reconciliador, en donde vuelvo un poco al tema de la identidad del ser humano, como ser creado a imagen y semejanza de Dios, pero, que por la herida del pecado original no puede por sí mismo alcanzar la perfección para la que fue creado, porque su naturaleza está dañada. El amor que Dios tiene a su creatura es tan grande que no lo deja, sino, que envía a su Hijo para que el hombre pueda, por medio de su sacrificio, recobrar la amistad que tenía con el Creador. En este trabajo trato de explicar cómo Cristo restaura nuestra

naturaleza dañada por el pecado y nos da la posibilidad de responder plenamente a nuestra identidad.

El trabajo que realicé en el tercer módulo, relativo a la Encíclica Ex Corde Ecclesiae, fue sobre la Misión de Servicio de la Universidad Católica, en cuyo recorrido se plantean cuáles son los medios concretos que propone el Santo Padre para que las Universidades Católicas puedan llevar a cabo esta razón de ser de la que hablaba al inicio: ayudar a que la persona humana alcance su plenitud; en tal sentido, el trabajo da luces de cómo en la Universidad Católica San Pablo, estos medios propuestos se hacen realidad en una serie de actividades concretas y objetivas en donde toda la comunidad educativa participa activamente, según sus propias características y posibilidades.

El presente trabajo busca ser un integrador de los tres elaborados previamente; en tal sentido, el tema escogido: "El amor de amistad", me parece adecuado, puesto que el ser humano, es un ser creado para el encuentro, llamado a vivir en comunión; esta realidad, es parte integrante fundamental de su identidad más honda.

Esta comunión a la que está llamado el ser humano, no podrá ser posible si es que no vive en una relación de auténtico amor de amistad con los demás seres; es por esta razón, que es necesario conocer a profundidad en qué consiste este amor de amistad. En la primera parte del trabajo desarrollaré este tema en donde explicaré la diferencia entre amor de amistad y amor de concupiscencia. Así mismo, trataré de mostrar cómo es que la naturaleza misma del ser humano remite a la vivencia del encuentro con otros seres; y es así que la persona no podrá alcanzar la plenitud ni perfección a la que está llamada, si no hace un esfuerzo constante por vivir en comunión; entendiendo esta comunión como la posibilidad de profundizar en la realidad más honda de su ser personal para poderla así mostrar auténticamente a los demás.

Esta posibilidad de comunión que tiene el ser humano, es tal, por el hecho de ser creado a imagen y semejanza de Dios, puesto que Él por esencia es relación de amor. En la segunda parte del presente trabajo, hablo del amor inmenso que Dios tiene a su creatura, siendo éste un amor de amistad auténtico, ya que Él conoce al hombre a profundidad y lo acepta y ama tanto, que se hace hombre para salvarlo del pecado.

Finalmente, luego de haber planteado la dinámica de la vivencia del amor en el ser humano, y al no estar ésta reducida a los más cercanos, sino, que se debe extender a todas las personas por diversos medios; se puede entender como, la creación de una Universidad Católica, de alguna manera se debe convertir en un medio eficaz para mostrar a las personas el profundo amor que Dios nos tiene, y así responder a la misión de evangelizar la cultura, la cual se puede llevar a cabo de diversas maneras, -ya sea por medio de la investigación, enseñanza o extensión-.

De esta manera, en el presente trabajo, pretendo integrar los temas elaborados en los tres primeros módulos, en torno al tema del "amor de amistad"; es así que planteo que el primer lugar, la persona debe conocer a profundidad su identidad más honda, para poder ejercer un gobierno de sí mismo (auto posesión), para poder salir de sí, al encuentro más íntimo de comunión con los demás y vivir de esta manera un auténtico amor de amistad, que consiste en amar a "alguien", a quien se considera un bien en sí mismo, y a quien se le ama por ser quien es y no por el beneficio que pueda reportar.

Esta vivencia del auténtico amor no sería posible si Dios no nos amara primero y nos diera la posibilidad de amarlo plenamente; posibilidad que se rompió con el pecado original, pero que quedó restablecida con la venida y muerte en cruz de Cristo; para que podamos acceder plenamente a este amor de Dios, Él no nos obliga a nada, sino, que permite que libremente elijamos seguirle o no.

Finalmente todos los bautizados estamos llamados a mostrar a los demás este amor de Dios, y para ello, la creación de una Universidad Católica, es un medio muy adecuado, que permite la evangelización por medio de la cultura, a una gran cantidad de personas.

AMOR DE AMISTAD

La amistad es algo sumamente necesario para la vida humana (Aquino, 1983, L VIII, lect. 1, n. 1539); "pues sin amigos nadie desearía vivir, aunque poseyera todos los demás bienes" (Aristóteles, 2001, L VIII, lect. 1, n. 1155a), si la persona no es capaz de establecer lazos de amistad auténticos con otros, no podrá vivir la experiencia de entablar una verdadera comunicación personal y uno de sus dinamismos más profundos como es justamente el de desplegarse en el amor, no podrá ponerse de manifiesto, lo que irremediablemente dará lugar a que caiga en el sin sentido y la infelicidad.

En tal sentido, es necesario comprender en qué consiste justamente este auténtico amor de amistad, puesto que al hablar de éste, estamos hablando de la posibilidad de encuentro entre personas, quienes se muestran mutuamente su realidad más honda y esencial. Esta posibilidad de encuentro auténticamente personal ayuda a que la persona pueda también conocerse más a sí misma, ya que sólo saliendo de sí y entregándose y sirviendo a los demás, es que la persona humana logra encontrarse a sí misma.

Entendemos por persona humana a la "unidad de mente, cuerpo y espíritu, abierta a Dios, a sí misma, a los demás, a la creación y llamada a realizarse en el amor"; en tal sentido, podemos ver con claridad que la vivencia de la amistad es parte constitutiva de la persona, ya que es la forma por la que "podrá realizarse en el amor".

El ser humano ha sido creado para amar, esta posibilidad es parte de su identidad más honda; es por ello necesario comprender qué es amar, "amar es querer el bien para alguien. Así pues, el movimiento del amor tiende hacia dos cosas, a saber: hacia el bien que uno quiere para alguien, sea para sí, o sea para otro, y hacia aquel para el cual quiere el bien. A aquel bien, pues que uno quiere para otro, se le tiene amor de concupiscencia, y al sujeto para quien alguien quiere el bien, se le tiene amor de amistad" (Aquino, Suma de Teología, 2001, I-II, q. 26, a. 4).

A partir de lo que plantea Santo Tomás, podemos comprender la diferencia entre amor de concupiscencia y amor de amistad; en el amor de concupiscencia, la persona tiene una

tendencia hacia “algo” que considera un bien, pero en el amor de amistad, la tendencia es hacia “alguien”, es decir, hacia otro ser personal, para quien se desea los mayores bienes.

Podríamos decir que el amor tiene diferentes especies, ya algo puede ser amado en razón de un bien, o en razón de que es deleitable, o en razón de que es útil, (Aquino, Comentario de la Ética a Nicómaco, 1983, L VIII, lect. 3, n. 1563); en tal sentido, las especies de amistad también son tres:

- La amistad en razón de lo deleitable: cuando alguien ama algo porque le proporciona deleite y por ello lo considera un bien para sí; acá estamos hablando de un amor de concupiscencia.
- La amistad en razón de lo útil; cuando alguien ama algo porque le genera una utilidad o beneficio específico; aquí también hablamos de un amor de concupiscencia.
- Y “la amistad en razón de lo honesto, que es un bien en sentido absoluto” (Aquino, Comentario de la Ética a Nicómaco, 1983, L VIII, lect. 3, n. 1563); aquí hablamos del amor de amistad, porque alguien ama a “alguien” quien se constituye en un bien en sí mismo por ser quien es, y no por el deleite o utilidad que pueda brindar.

Cuando decimos que el ser humano tiene inscrito en su identidad esta posibilidad de experimentar un auténtico amor de amistad, estamos diciendo, que es capaz de salir de sí mismo para procurar el bien de otro a quien conoce a profundidad y acepta plenamente; puesto que no se puede amar aquello que no se conoce (Aquino, Suma de Teología, 2001, I-II, q. 27, a. 2)

Este amor de amistad no sólo es para con los demás, sino, en primer lugar debe ser vivido hacia uno mismo, puesto que es sabido que uno no puede dar lo que no tiene; en ese sentido el conocimiento y aceptación personal son básicos para poder vivir rectamente la experiencia del amor honesto. El descubrimiento de la propia identidad, es necesario que se dé en la persona, y digo descubrimiento, puesto que –como ya expliqué en el trabajo del primer módulo-, la identidad no es algo que se construye ni que pueda ir cambiando según las diversas circunstancias y vivencias de la persona, sino, más bien es algo que nos es dado e incluye no sólo el cúmulo de experiencias y vivencias de la persona, sino, que “es” la

persona en su totalidad y unidad y "presupone una realidad dada que no es obra de nuestra decisión, sino que es anterior a ella" (Giachetti Pastor, 2008)

En la medida en que la persona tenga una mayor claridad acerca de quién es realmente; en primer lugar que es persona humana, es decir, un ser único, irrepetible, un ser creado a imagen y semejanza de Dios, libre, capaz de ejercer un gobierno de sí mismo, mediante el ejercicio y uso de la razón;, y a la vez, capaz de relación y encuentro íntimo con otros seres; podrá aceptarse y amarse tal como es.

Las personas que tengan una claridad con relación a su identidad, así como una plena aceptación de sí mismos, serán capaces de entablar amistades honestas, ya que esta especie de amistad se da entre personas buenas y virtuosas y es la que Aristóteles llama la *amistad perfecta* porque "es propia de los buenos y de los que se asemejan entre sí según la virtud" (Aquino, Comentario de la Ética a Nicómaco, 1983, L VIII, lect. 3, n. 1574); esta especie de amistad, al forjarse teniendo como base el conocimiento profundo, la aceptación y amor al otro, es una amistad que permanece en el tiempo, es decir, que no cambia fácilmente, puesto que además de tender al bien en sentido absoluto, también proporciona a la persona deleite y utilidad, y por lo tanto es la más completa de las tres especies de amistad.

Como ya vimos anteriormente, el ser humano, es un ser creado para el encuentro, y en tal sentido, creado para poder vivir esta *amistad perfecta*; pero para ello, la persona debe desarrollar virtudes y procurar su crecimiento personal, porque de lo contrario, al ser poseedor de vicios, que de alguna manera refleja la incapacidad de la persona de gobernarse a sí misma y hacer un recto uso de su libertad y razón; no podrá aspirar a propiciar y mantener este tipo de amistad, sino, que lo más probable es que consolide amistades en función de los bienes deleitables y/o útiles a los que aspira, y no en función del bien en sí mismo, que es la auténtica amistad, como ya explicamos anteriormente.

Desde esta perspectiva, es claro que el ser humano debe hacer un esfuerzo por crecer en virtudes para alcanzar aquella perfección a la que está llamado, pero, que, debido a su naturaleza caída, fruto del pecado original, y también de los pecados personales, no puede alcanzar por sus propios medios, sino, que necesita de la gracia divina; aquí es donde entra a tallar el amor que Dios tiene a sus creaturas, y cómo este amor es capaz de sanar esta

naturaleza dañada y permite que la persona pueda ser capaz de crecer en virtudes, lo que le permitirá relacionarse con los demás de una manera más auténtica y poder vivir en comunión de forma más plena.

AMOR DE DIOS

“Dios es amor” (1 Jn 4, 8); es relación de amor; la naturaleza misma de la Trinidad nos muestra esta realidad, y justamente por una sobreabundancia de amor es que crea todo y especialmente al hombre a quien lo crea a su imagen y semejanza y por lo tanto goza de su amistad; por esta razón, el ser humano está llamado a tener una relación personal con Dios, ya que tiene una dignidad única (a diferencia de los demás seres creados).

Dios participa su ser al hombre, y por lo tanto, lo invita a vivir como Él; “así como la Trinidad vive la comunión y la participación desde toda la eternidad, análogamente, el hombre está invitado, desde la creación, a vivirlas en su vida temporal y en su vida futura” (Salazar, 1989). La vivencia del amor de amistad del que hablamos en el acápite anterior, es justamente la manera de poner de manifiesto de forma concreta esta vida de comunión y participación.

Como planteé en el trabajo final del segundo módulo, Dios crea al hombre y le da una naturaleza que tiende a la perfección, -puesto que como dice el Catecismo de la Iglesia Católica, Dios no crea el mundo en un estado de perfección ya acabada, sino que crea al mundo “en estado de vía” hacia su perfección última-; en este sentido, el ser humano antes del pecado original tenía la posibilidad (que se la daba su misma naturaleza), de poder entablar una relación de amistad (amor tendiente al bien en sí mismo) con Dios, consigo mismo, con los demás y con todo lo creado; pero gracias al mal uso de su libertad (porque Dios ama tanto a su creatura que la crea libre, para que pueda amar auténticamente), es que rompe su relación de amistad con Dios, y por ello, la posibilidad de entablar un auténtico amor de amistad consigo mismo, con los demás y con lo creado.

Pero, como dije anteriormente, el amor que Dios siente hacia su creatura es un amor de amistad auténtico, (no de deleite o de utilidad), por lo tanto, ama al hombre por ser quien es y además, es un amor que no tiene fin; es así que, -como la naturaleza humana al estar dañada por el pecado ya no es posible que el hombre alcance la perfección última para la que Dios lo creó-; envía a su Hijo único para que redima al hombre y restaure su naturaleza caída; es así que Cristo reconcilia al hombre con Dios, ya que gracias a su sacrificio y obediencia al Padre, el ser humano recupera la amistad con Dios que había perdido por el

pecado; esta reconciliación restaura las primeras relaciones que existían entre Dios y el hombre, “relaciones de amor, de unidad, de cercanía, de comunión” (Sánchez, 1996).

La reconciliación que trae Cristo, no sólo es para con Dios, sino, que se da a todos los niveles de relación del ser humano, es así que abre la posibilidad, de que la persona pueda conocer y comprender a profundidad su identidad más honda y a partir de ello, pueda también vivir en auténtica comunión con los demás seres.

Muchos pensadores contemporáneos, incluso algunas corrientes psicológicas como el psicoanálisis, plantean –cada uno poniendo énfasis a diferentes aspectos- que por naturaleza, el ser humano, no está llamado a vivir el amor, sino, más bien, a vivir preso de su egocentrismo y narcisismo, en donde no es capaz de salir de sí mismo para el encuentro con los demás; estas corrientes se sustentan principalmente en la experiencia de vida de muchas personas a quienes se les hace sumamente difícil poder desarrollar virtudes y vivir acorde a un nivel de madurez y crecimiento óptimos.

Estas corrientes hasta cierto punto podríamos decir que tienen razón, porque sí es cierto que el ser humano por sus propios esfuerzos no es capaz de alcanzar las virtudes, porque su naturaleza caída por el pecado se lo impide; pero también es cierto, que la persona tiene la posibilidad de acceder a su “restauración” por medio de Jesucristo, quien por amor a la humanidad, se hizo hombre para salvarla; en este sentido, aquella persona que llegue a descubrir su identidad más profunda, para a partir de ello llegar a tener y mantener relaciones de auténtico encuentro personal con los demás, no podrá hacerlo si no pasa primero por un proceso de acercamiento y conversión al Señor Jesús, puesto que es Él quien le “muestra el hombre al hombre”; Él es el modelo a seguir para el desarrollo de virtudes y crecimiento personales.

Esta reconciliación que trae Cristo al ser humano, si bien está abierta a todos, requiere también de la participación del hombre, puesto que si éste no acoge la Buena Nueva y vive esperanzado en que es una realidad que pueda alcanzar la plenitud; si no está plenamente convencido de que la recuperación de la amistad con Dios, es un Bien real, futuro, difícil, pero a la vez posible de ser alcanzado; el Señor, -que nos creó libres-, y respeta nuestra

libertad, no pasará por encima de la misma y por lo tanto su gracia no podrá ser derramada en la persona en toda su plenitud.

Para comprender la acción reconciliadora de Cristo, es necesario conocer el lugar de importancia insustituible que tiene la gracia para que la persona realmente alcance la plenitud de todas sus potencias.

Para que la persona alcance esta perfección (a la que todos estamos llamados), no bastan las fuerzas e intenciones naturales de la persona, puesto que nuestra naturaleza está herida por el pecado (Seligman, Psicología y visión del hombre desde la Fe. (La confianza en la gracia: fundamento y guía principal en la tarea del psicólogo), 2009) y esta herida sólo puede ser restablecida por medio de la acción de la gracia en el hombre; buscar la normalidad en el ser humano, es buscar la vivencia permanente de las virtudes, y sin la ayuda de la gracia esto no es posible.

Ahora bien, cabe preguntarse ¿qué es la gracia?; gracia, en sentido amplio es un don, un regalo gratuito que Dios le hace al hombre sin este merecerlo (gracia natural), y en un sentido más específico, por gracia también se entiende un don sobrenatural que Dios otorga por su libre benevolencia a una criatura racional para su santificación.

Como podemos ver, de lo mencionado anteriormente, llegamos a tres conclusiones muy claras; una es que el ser humano por sus propias fuerzas, sin la ayuda de Dios, no puede alcanzar esa perfección y plenitud a la que está llamado, puesto que su propia naturaleza herida no se lo permite, ésta tiene un límite y para poder avanzar más allá de ese límite es necesaria la acción de Dios en la vida del ser humano. Otra conclusión importante, es que la actualización de esta acción de Dios, no depende de la persona misma, sino, de la benevolencia de Dios, en otras palabras, no es el hombre “merecedor” por sus acciones e intenciones de esta Gracia divina, sino, que es Dios, quien nos la da gratuitamente porque así lo quiere. Y además, también podemos concluir que lo dicho anteriormente no quiere decir, que la persona deba quedarse “inmóvil” y como mero receptor pasivo de la gracia, sino, que esta misma, al iluminar el entendimiento y la voluntad (potencias espirituales del ser humano), permite que el ser humano sea capaz de comprender con mayor claridad y profundidad los bienes de este mundo y principalmente el bien último sobrenatural, y por

ende, pueda mover su voluntad hacia Aquel (bien) que finalmente podrá darle la felicidad que tanto ansía. De esta manera comprendemos, que, para que la gracia actúe en el ser humano, requiere de la colaboración del mismo.

El amor de amistad es un amor que al estar dirigido al bien sí mismo, es un amor que respeta plenamente la libertad y autonomía del otro; puesto que sólo se puede amar realmente a alguien, si es que comprendemos que ese "alguien", es un ser capaz de auto poseerse y de tomar libremente sus propias decisiones; por lo tanto, este amor auténtico del que venimos hablando, no es de ninguna manera impositivo, ni busca dominar al otro, sino, que, por el contrario, respeta y toma en cuenta sus decisiones libres; en este sentido, el amor que Dios tiene hacia el hombre, es un auténtico amor de amistad, porque en ningún momento pasa por encima de las decisiones libres del ser humano, aunque éstas impliquen un alejamiento de Dios.

El proyecto que Dios tiene para reconciliar al hombre, tampoco es ajeno a esta dinámica, "este plan es obra de las tres Personas Divinas. Tiene su origen en el Padre, es ejecutado por el Hijo y se consuma en el don del Espíritu Santo" (Bandera, 1988); sin embargo, no podría haber sido llevado a cabo, sin la anuencia de un ser humano, es así que, para que la encarnación de Cristo sea una realidad, se requiere la aprobación y donación de "alguien" que obedezca a Dios y confíe en Él; aquí es donde entra a tallar la figura de María, quien fue obediente y dócil al Señor, y por esta razón, la salvación hizo su entrada en el mundo.

De la misma forma del "hágase" de María, el Señor, espera nuestro "hágase", para de esta manera poder consolidar una relación de amistad con cada uno de nosotros y que pueda concretarse su plan de salvación y reconciliación. Pero para que se dé este "hágase", los seres humanos requerimos de la gracia actual que actúa principalmente de dos maneras: como *iluminación*, que nos permite comprender la realidad a profundidad, y especialmente nos permite comprender lo que Dios nos muestra como camino a seguir, es decir que actúa sobre nuestro intelecto. Y como *inspiración y atracción*, que opera directamente sobre la voluntad y la mueve al amor y al obrar; también puede ser como *fortaleza*, porque nos da la fuerza necesaria para vencer los obstáculos que se puedan presentar en este camino que Dios nos muestra y nos ayuda a ser pacientes y soportar el dolor con alegría (Garrigou-Lagrange, 1992).

Como vemos, actúa a nivel de las dos potencias espirituales: el intelecto y la voluntad. Por lo tanto, al actuar en primer lugar sobre el intelecto que es la facultad más alta del alma humana ya que es la potencia por medio de la cual la persona llega a conocer la dimensión más profunda de la realidad, es decir, la esencia de las cosas materiales; ayuda de manera directa en la consecución de la felicidad de la persona, puesto que esta consiste justamente en el ejercicio pleno del intelecto, porque si no comprendemos a profundidad el bien no podremos dirigirnos hacia él. A partir de esto, es que la gracia luego actúa sobre la voluntad, que es consiguiente al conocimiento intelectual, ya que "por la voluntad el hombre trasciende las necesidades vitales inmediatas y puede dirigirse a lo que es bueno absolutamente" (Echavarría, 2004).

La Iglesia procura que esta gracia divina sea acogida por la mayor cantidad de personas posibles, y es justamente la Universidad Católica, un medio para lograr este cometido, puesto que en ella las personas acuden a formarse no sólo técnicamente sino, integralmente, es así que dentro de la formación integral que brinda una universidad, si es que ésta es Católica, deberá incluirse la evangelización de toda la comunidad educativa.

RAZÓN DE SER DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

La reconciliación que Dios nos propone, es una reconciliación que se da a nivel de una relación personal con cada uno de los seres humanos y requiere de una decisión de cada quien de acoger o no las gracias que el Señor derrama. Sin embargo, para que esto sea posible, la Iglesia se sirve de diferentes medios que sirvan como un nexo entre Dios y las personas; en ese sentido, las Universidades Católicas, son justamente, uno de esos medios que la Iglesia utiliza para evangelizar a las personas.

Todas las universidades en general, brindan un servicio educativo, podría decirse que esa es su razón de ser: brindar un servicio educativo, que permita que las personas puedan formarse profesionalmente; pero, definitivamente éste es un techo bastante bajo, si vemos todas las implicancias que pueden darse en las personas a partir de la formación educativa que reciban.

En ese sentido, la Iglesia, por medio de Su Santidad Juan Pablo II, elabora un documento, que se erige como rector de toda Universidad Católica, éste es la Ex Corde Ecclesiae, en donde está condensado todo el ser y quehacer de una Universidad Católica; en este documento, podemos ver, que el techo es bastante más alto, puesto que la razón de ser de la universidad no se limita solamente a brindar un servicio educativo, sino, a ser un medio de ayuda y colaboración para que la persona humana alcance su perfección.

En el número 30, la ECE, dice: “La misión fundamental de la Universidad es la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad”. Es así que una Universidad Católica debe promover espacios y situaciones que le permitan a la persona conocer y comprender la realidad hasta sus niveles más hondos y fundamentales, siempre considerando que cualquier saber siempre debe estar al servicio de la persona humana, para que ésta pueda alcanzar su perfección y plenitud.

Es así que toda Universidad Católica tiene una misión de servicio específica: servir a la Iglesia en la labor evangelizadora que el mismo Cristo le encomendó, por medio de la investigación, enseñanza y extensión que son sus tareas fundamentales; en este sentido, la Universidad Católica se convierte en un espacio privilegiado en donde se debe estudiar y

profundizar temas relacionados a la comprensión de la persona humana y su dignidad, para a partir de esto, ayudar en su promoción y perfeccionamiento que es la razón de ser de la educación: “la conducción y promoción hasta el estado perfecto del hombre, en cuanto hombre, que es el estado de virtud” como define Santo Tomás a la educación.

Por otro lado, toda Universidad Católica debe hacer un esfuerzo por propiciar espacios de reflexión y oración en los que los miembros de la comunidad educativa puedan integrar su vida con la fe (ECE, artículo 38); es así, que no se trata solamente de promover una transmisión de conocimientos a un nivel teórico acerca de la realidad divina y del ser humano, sino, principalmente, de procurar situaciones que permitan que las personas puedan tener un encuentro personal con el Señor Jesús, y de esta manera tener presente en sus propias vidas el inmenso amor que Él nos tiene y el inmenso amor que estamos llamados a tenerle. Sólo a partir de este encuentro personal con Cristo, -como decía anteriormente-, la persona podrá salir de sí y vivir el auténtico amor de amistad con los demás seres, podrá, por tanto, hacer de su profesión (sea cual sea ésta), un medio por el cual servir a la sociedad, viendo en cada miembro de la misma, a la persona humana y respetando la dignidad única que ésta tiene.

Para lograr que las personas que forman parte de una comunidad universitaria Católica puedan internalizar y hacer suya una correcta visión cristiana de la persona humana y del mundo, no basta que las universidades Católicas cuenten con un servicio de pastoral que esté como “anexado” al sistema de funcionamiento de la universidad; ya que éste por sí mismo, “no es la razón por la cual las universidades católicas fueron creadas, ni revela el tipo de presencia encarnatoria que se espera que la fe despliegue en las coordenadas y los dinamismos que son específicos de una institución universitaria” (García Quesada, 2004).

Por ello, cuando hablamos de una universidad que pretenda ser auténticamente Católica, estamos hablando de una universidad que busque integrar el saber científico de las diferentes disciplinas con el saber teológico, una integración entre fe y razón, que permitan la promoción del diálogo entre el Evangelio y la cultura; la Universidad Católica, tiene la obligada misión de, a partir de las contradicciones, incoherencias, equívocos y aciertos que tenga la cultura del tiempo y lugar en donde existe; nunca dejar de aportar los conocimientos necesarios que permitan la defensa de la dignidad de la persona humana en

todas sus dimensiones: personales, éticas, sociales, familiares, etc.; pero este aporte es importante que se haga siempre en constante diálogo con las ciencias modernas, ya sean éstas naturales o humanas.

Esta labor de las Universidades Católicas es sumamente importante, ya que por medio de esta integración del saber, aportan a la Iglesia en su misión evangelizadora y de esta manera, las personas podrán tener mayores posibilidades de tener un sólido conocimiento de su propia realidad personal, a partir de una correcta antropología. Este correcto conocimiento de sí, permite que la persona pueda vivir de una manera más armónica su dinámica relacional –con Dios, consigo mismo, con los demás y con lo creado-, y por lo tanto, pueda desplegar su ser en vivencias de un auténtico amor de amistad, con todo lo que éste implica (explicado anteriormente).

La universidad es un espacio propicio por excelencia para la formación de jóvenes, quienes a su vez se convertirán en agentes evangelizadores, siendo de esta manera, el impacto de la labor evangelizadora de la universidad sumamente grande; de ahí su gran importancia y la gran necesidad de velar por la coherencia entre lo que la universidad como institución plantea para que se lleve a cabo una auténtica búsqueda de la verdad y lo que se vive y experimenta en cada una de las instancias de la labor universitaria; por ejemplo, en el dictado de clases, en los diferentes congresos, cursos, conferencias, seminarios, talleres, etc. que se organicen, en los lineamientos que se tomen en cuenta para los trabajos de investigación, en las normas que rijan la convivencia entre todos los miembros de la comunidad universitaria, en el trato que se brinda a alumnos, docentes y trabajadores del área administrativa, etc. Todas estas instancias, deben ser un reflejo de una verdadera vocación de servicio y de una verdadera caridad cristiana.

CONCLUSIONES

De lo revisado anteriormente en este trabajo que pretendió de alguna manera integrar diversos temas, como son: La Identidad, Jesucristo Reconciliador y Misión de Servicio de las Universidades Católicas, con el Amor de Amistad que todos los seres humanos tienen la posibilidad de experimentar, podemos concluir varias cuestiones de interés.

En primer lugar, diremos, que, el ser humano es un ser creado para el encuentro, en su naturaleza más honda se encuentra la realidad de la comunión; desde el momento en que es creado, cada ser humano está llamado a vivir y experimentar el amor; debido a que es la única creatura que fue hecha a imagen y semejanza de Dios, y Dios es amor y comunión (tres personas que viven en eterna comunión).

Desde esta perspectiva, podemos entender que la identidad de cada ser humano, si bien es algo que se enriquece con las relaciones de amistad, no es algo que está determinado por ellas, ni que se va creando en función de ellas; sino, más bien, la identidad es algo que ya le es dado. En este sentido, comprender quién es la persona humana, y que implicancias tiene ser persona humana, permite al ser humano, comprender su identidad más honda y real.

En esta comprensión de la persona humana, algo que salta a la vista es que es un ser relacional, llamado al encuentro personal con otras personas; la misma noción de persona implica la posibilidad del encuentro y no la posibilidad de vivir aislado y encerrado en sí mismo; la primera persona con la que el ser humano está llamado a relacionarse es con la persona divina, con su creador.

En la medida que la persona se relacione con Dios y lo conozca (personalmente), podrá conocerse y entenderse a sí mismo y recién ahí, podrá salir de sí, para darse a los demás; puesto que un requisito indispensable para la comunicación verdadera con los demás es la auto posesión y gobierno de sí, los que a su vez, parten de un auténtico conocimiento personal.

Otro punto importante a considerar en el presente trabajo, es que para comprender cómo es que se da esta vivencia de la comunión entre las personas, es necesario diferenciar lo que es el amor de amistad y el amor de concupiscencia; en ese sentido, hablar de amor de amistad es hablar de un amor que uno experimenta hacia "alguien", hacia otra persona, y no hacia una cosa o hacia "algo"; este amar a "alguien" implica experimentar felicidad porque ese "alguien" exista y que sea "como es"; es un amor desinteresado que no busca el deleite o la utilidad, sino, que busca el bien para la persona amada.

En la persona humana existe la posibilidad de experimentar este auténtico amor de amistad, pero muchas veces no es posible de vivir, por la herida que el pecado original deja en la naturaleza humana, la cual impide que la persona pueda desplegarse plenamente en la vocación al amor para la que fue creado; es así que el pecado de los primeros padres repercute negativamente en toda la creación y ésta pierde la amistad que tenía con Dios. Esta amistad perdida no puede ser restablecida sólo tomando en cuenta la voluntad del hombre, por esta razón, es que el mismo Dios que ama hasta el extremo a su creatura envía a su propio Hijo, para que haciéndose hombre pueda devolverle al hombre la posibilidad de restablecer la amistad perdida con su creador.

Por medio de Jesucristo, el Padre derrama su gracia al hombre, y éste, libremente la acepta y colabora con ella o no; es por esta razón que aún ahora existen muchas personas paras las que les es muy difícil vivir este auténtico amor de amistad. Ahora bien, las personas que haciendo un correcto uso de su libertad colaboran con la gracia santificante, podrán, de manera más plena entrar en sí mismos y conociéndose, aceptándose y poseyéndose, conocer, aceptar y amar a los demás y buscar para ellos el bien, y no sólo para sí mismo.

Finalmente, llegamos a la conclusión que esta vivencia del amor de amistad no se puede dar sólo entre unos pocos, sino, que el llamado que Dios nos hace es que podamos hacerlo extensivo a la mayor cantidad de personas posibles; en ese sentido, la Iglesia tiene la misión de expandir esta realidad a todo el mundo y uno de los muchos medios de los que puede servirse es la Universidad Católica, que tiene la posibilidad de, por medio de la enseñanza e investigación llegar a mucha cantidad de personas y así poder formarlas con criterios evangélicos sólidos.

La Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae de Su Santidad Juan Pablo II, es el documento por medio del cual la Iglesia plantea todas las normas que deben seguir las universidades Católicas para llevar a cabo esta misión evangelizadora de la cultura y el saber humanos en sus distintas disciplinas.

La Universidad Católica San Pablo, siguiendo estos lineamientos, hace suya la misión que la Ex Corde Ecclesiae encomienda a las universidades Católicas y hace esfuerzos grandes por llevar la Buena Nueva a todos los miembros de la comunidad educativa; puesto que su razón de ser principalmente es la de servir a la persona humana y ayudarla a que cada vez pueda responder con mayor plenitud a su vocación de vivir el auténtico amor para el que fue creada.

BIBLIOGRAFÍA

Aquino, S. T. (1983). *Comentario de la Ética a Nicómaco.* Argentina: Ciafic.

Aquino, S. T. (2001). *Suma de Teología.* Madrid: BAC.

Aristóteles. (2001). *Ética a Nicómaco.* Madrid: Alianza Editorial.

Bandera, A. (1988). María en la obra de la reconciliación. *Vida y Espiritualidad* .

Catecismo de la Iglesia Católica.

Echavarría, M. (2004). *La praxis de la psicología y sus niveles epistemológicos según Santo Tomás de Aquino.* Barcelona: Documenta Universitaria.

García Quesada, A. (2004). La Fe Cristiana en la Universidad. *Persona y Cultura* , 104-126.

Garrigou-Lagrange. (1992). *Las tres edades de la vida interior.* Madrid: Palabra.

Giachetti Pastor, A. (2008). De la aceptación de sí mismo a la persona como fundamento en el pensamiento de Romano Guardini. *Persona y Cultura* , vol. 6

Ott, L. (1960). *Manual de Teología dogmática.* Barcelona: Herder.

Juan Pablo II. *Ex Corde Ecclesiae.*

Salazar, M. (1989). Persona y Reconciliación. *Vida y Espiritualidad* .

Sánchez, G. (1996). Jesucristo Reconciliador. *Vida y Espiritualidad* .

Seligman, Z. (1999). *La psicología ante la Gracia. (La psicoterapia camino de conformidad).* Buenos Aires: Educa.

Seligman, Z. (2009). *Psicología y visión del hombre desde la Fe. (La confianza en la gracia: fundamento y guía principal en la tarea del ps¡cólogo).* Arequipa: Universidad Católica San Pablo.